

CAPITULO XXI

DESDE CÓMODO Á SEVERO

Denomináronse la época más venturosa de la humanidad los ochenticuatro años transcurridos desde la muerte de Domiciano hasta la de Marco Aurelio (1) y fué tan querido para los romanos el nombre de los Antoninos, que los emperadores que les sucedieron lo agregaron al suyo, sin curarse mucho de merecerlo. Tardó poco en ser deshonrado por Cómodo, rico solo de vigor, de lujuria y de cobardía. Fué el primer emperador nacido de un padre dueño del trono; pero la lubricidad de Faustina indujo á creer que era hijo de uno de los gladiadores á quienes llamaba desde la sangrienta liza para manchar el tálamo de Marco Aurelio. No se mejoró su índole perversa con el ejemplo y las enseñanzas paternas; y encontrando á la edad de doce años el agua de su baño demasiado caliente, mandó echar en un horno al que la había calentado.

Con tales disposiciones ascendió al trono á los diecinueve años (17 Marzo 180), y aunque no tenía rivales que le opusieran estorbo, ni ambiciones ni recuerdos que sofocar con urgencia, se abandonó á todas las crueldades que pudo sugerirle un carácter atroz excitado por mala gente. Complacíase en ver atormentar á los hombres: como se preciaba de habil cirujano, hacía sus ensayos en infelices á quienes obligaba á recurrir á sus consejos. En sus correrías nocturnas corta un pie á uno, saca un ojo á otro, y todo por divertirse. Habiéndose permitido decir de él un infortunado que había nacido el mismo día que Calígula, fué arrojado de orden de Cómodo á las fieras. Encontrando á un

(1) HEGRWISCH la describió con el título de *Ueber die für die Menschheit glücklichste Epoche in der röm. Geschichte*. Hamburgo, 1800.

hombre muy corpulento le divide en dos pedazos de un solo golpe á fin de hacer alarde de sus fuerzas. Se presenta en público con los atributos de Hércules, y con el auxilio de una enorme clava reduce á polvo la cabeza de gentes disfrazadas de fieras, y de esta manera aspira al título de vencedor de mónstruos.

Su fuerza era verdaderamente prodigiosa. De una lanzada atravesó á un elefante de una parte á otra. En un día mató cien leones en el circo, cada uno de un solo tiro de arco. Su flecha traspasaba el cuello de un avestruz que corría; atravesó á una pantera sin tocar al hombre sobre que se había arrojado. A fin de que no faltaran animales feroces para que el emperador se divertiera, fué prohibido á los africanos matar leones, y hasta ahuyentarlos, cuando el hambre les trajera á la vecindad de las habitaciones; y para ostentar mejor su mérito á los ojos del género humano, bajó desnudo á la arena, vedada por los que le habían precedido á los senadores. Después de haber salido de setecientas treinticinco luchas, sin recibir ninguna herida, tomó el título de *Cómodo, vencedor de mil gladiadores*. Se embriaga de aplausos del populacho, y para grangearse su afecto instituye una compañía de mercaderes, y manda equipar una escuadra para traer trigo de Africa en el caso de que llegara á faltar el de Egipto. Pero imaginando un día que el pueblo le hacía burla, ordena una matanza general acompañada del incendio de la ciudad, y con gran trabajo consigue el prefecto de los pretorianos hacerle retirar aquel decreto, dictado por la rabia.

No se señaló menos por sus desórdenes: ya en vida de su padre había convertido en un lupanar su palacio; después de su muerte instaló en su recinto un rebaño de trescientas concubinas acompañadas de otros tantos mancebos. Violó á sus pro-

pias hermanas: sobre lo demás nos cumple tender un tupido velo (2).

Necesitando dinero para sus locas prodigalidades aumentó todos los impuestos, traficó con los empleos públicos, vendió su absolución á los delincuentes, y á precio de dinero consintió hasta los asesinatos y las venganzas privadas. Una multitud de inocentes perecieron víctimas de aquel iracundo, que habiéndose desembarazado en breve de los tutores que le había impuesto Marco Aurelio, dejó plena autoridad á los compañeros de su libertinaje, salvo para deshacerse de aquellos que contrariaban sus designios. Perenne, que había adquirido su valimiento adulando sus pasiones, asistía con él á los juegos capitolinos, cuando sale al teatro un filósofo cínico, y dirigiéndose á Cómodo exclama: «Mientras te engolfas en los deleites, Perenne y su hijo atentan contra tu vida.» Inmediatamente mandó Perenne que aquel hombre fuera arrojado á las llamas: pero el emperador concibió sospechas de su persona, creyéndole capaz de aspirar al trono, porque tenía capacidad para ocuparlo. Así, habiendo diputado las legiones de Bretaña mil quinientos hombres para que fueran á Roma á pedir la muerte del ministro, dejó que le matasen, inocente ó culpable, con su esposa, su hermana y sus tres hijos: de este modo conoció el ejército la debilidad del gobierno.

Perenne fué reemplazado por Cleandro, que nacido en Frigia, había sido llevado á Roma en calidad de esclavo. Primeramente había pertenecido á Marco Aurelio, después á Cómodo, quien le había dado con la libertad una de sus concubinas por esposa. No teniendo que recelar de su habilidad ni de su virtud le otorgó un poder ilimitado. Cleandro abusó de su autoridad para venderlo todo, empleos, provincias, rentas públicas, justicia y hasta la vida de los inocentes. Habiendo acaparado los trigos, redujo al hambre á la ciudad para enriquecerse y para grangerse el afecto de la muchedumbre con distribuciones. Hizo patricios á muchos esclavos que apenas acababan de soltar sus cadenas, dándoles ingreso en el Senado; y eligió en un año hasta veinticinco cónsules. Pero cierto día, durante la celebración de los juegos, entra de repente en el circo una tropa de muchachos, llevando á su cabeza una mujer alta y robusta, y todos prorrumphen en terribles gritos contra Cleandro. Aplaude el pueblo, corre en tumulto al palacio suburbano, donde se hallaba el emperador, y pide la muerte del ministro; carga la caballería sobre la muchedumbre, que haciendo uso de las armas populares, es decir, de tejas y piedras, pone en fuga á los pretorianos. Sumido Cómodo en los desórdenes más inmundos ignoraba lo que aconte-

(2) *Sororibus suis constupratis, ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat; nec irruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus*. Hist. Augusta, pág. 47.

cía. Cuando lo supo, queda poseído de espanto, y manda que se arroje á los sediciosos la cabeza de su favorito, cuyo cadaver es arrastrado por las calles con los de su esposa, sus hijos y sus amigos.

Cómodo había tenido además otro consejero de sus crímenes en el liberto Antero de Nicomedia: cuando fué muerto por los pretorianos, sostenidos por Cleandro, se vengó el emperador de ellos en crudeliéndose cuanto pudo contra sus filas. Cotidianamente se mudaban los prefectos del pretorio: algunos no duraron más que seis horas, y la mayor parte perdieron la vida al mismo tiempo que su empleo.

No solo remitía este príncipe, tan perezoso como libertino, todos sus cuidados á gente de esta laya, sino que hasta se niega á firmar los despachos oficiales, y con dificultad escribía el *vale* al pie de las cartas dirigidas á sus amigos. Sin embargo, este príncipe se atrevía á atribuirse en sus medallas el título de *venturoso*: quiso que su siglo se denominara comodiano; Roma colonia comodiana; y el Senado, vilmente adulador, inscribió sobre el lugar de sus asambleas: *Casa de Cómodo*. Fueron cambiados los nombres de los meses en adjetivos de loor suyo y escribía al Senado: *El emperador César Lucio Elio Aurelio Cómodo Antonino Augusto, venturoso, león, piadoso, sarmático, británico, germánico, pacificador, invencible, Hércules romano, padre de la patria, pontífice supremo, cónsul por la séptima vez, imperator por la octava, tribuno por la décima séptima, á los ilustres senadores comodianos, salud*.

Impulsada por la ambición su hermana Lucila creyó poder hacer una revolución conspirando con los principales senadores; pero detenido el asesino en el instante en que levantaba el brazo diciendo: *He aquí lo que te envían los senadores*, fué condenado á muerte con sus cómplices. Desterrada la princesa á Caprea, fué allí á su vez inmolada; y posteriormente también la emperatriz Crispina, confinada á aquella isla por haber querido imitar el libertinaje de su esposo.

Las palabras del sicario que supo hablar y no ejecutar, exasperaron á Cómodo contra el Senado. Feroz en un principio por inclinación, no por cálculo, había podido hasta otorgar perdón; así á ejemplo de su padre había arrojado al fuego las revelaciones que le remitió Manilio, secretario del usurpador Avidio Casio; pero en breve hizo revivir los delatores y los procesos de lesa majestad, con su ordinario cortejo de inocentes condenados al suplicio, y especialmente aquellos cuya virtud contrastaba con la corrupción imperial. Entre otros, citaremos á los dos hermanos Quintilios, Máximo y Condiano, de la Troade, célebres por su amor fraternal, que siempre les hacía proceder de común acuerdo, cual si no hubieran sido más que un sólo hombre. Juntos habían gobernado provincias y mandado ejércitos: juntos habían ejercido el consulado y otras funciones que les habían conferido Antonino y Marco Aurelio, y juntos los ase-

sinó Cómodo. Julio Alejandro de Emesa mató á los soldados enviados por el emperador para quitarle la vida, y huyó con la intención de retirarse entre los bárbaros; pero embarazado en su marcha por un amigo lento en seguirle, le dió muerte y se suicidó en seguida.

Si á lo menos hubiera sabido emplear Cómodo su feroz bravura en defender las fronteras! Pero no bien ascendió al trono, cedió á los cuados todos los fuertes levantados en su territorio, á condición de que permanecerían á cinco millas de distancia del Danubio, rendirían las armas, suministrarían tropas á los romanos, y no se reunirían más que una vez al mes en presencia de un centurión. También compró la paz de otros germanos y dejó á los sarracenos (mencionados aquí por la vez primera) alcanzar ventajas sobre el imperio. Habiéndose hecho jefe de una banda de desertores un simple soldado llamado Materno, trastornó la España y la Galia; y viéndose luego cercado por todas partes dispersó á sus compañeros y se encaminó á Italia, seguido de los más audaces, con el pensamiento de degollar á Cómodo y de hacerse emperador. Ya se habían mezclado algunos con los guardias de palacio, cuando Materno fué vendido por otros, y su suplicio hizo abortar su trama (188).

Entre tanto el valor de los generales pudo reprimir á los frisonos y repeler á los caledonios, que habían traspasado la muralla de Trajano; por lo que hace á Cómodo se atribuía el honor de estas victorias y el título de emperador sin ver jamás el campo de batalla. Solo una vez anunció el designio de pasar á Africa; más luego que hubo reunido con este fin mucho dinero, lo disipó en festines y en desordenados placeres.

Aumentáronse las miserias de su reinado con desastres accidentales. Hubo muchos terremotos; declaróse la peste en Roma, produciendo la muerte de dos ó tres mil individuos por día: el templo de la paz fué devorado por las llamas; aquella construcción de Vespasiano, donde estaban depositados los despojos de la Judea, las obras de literatura y las más preciosas producciones de Arabia y de Egipto. Propagóse el fuego á palacio y al templo de Vesta, de donde huyeron las vírgenes sagradas, exponiendo por la vez primera á la vista de los profanos el Paladion, salvaguardia del imperio.

Al fin un peligro privado supo consumir lo que no podía la indignación pública. Con efecto, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitán de su guardia, y Electo su gentilhomme, sabedores de que había resuelto su muerte, envenenaron á Cómodo (31 de diciembre de 192). Apenas había cumplido treinta años, y contaba casi de reinado trece (3).

(3) Su vida privada, por Lampridio, se halla en la *Historia Augusta*, y la *Historia* de Herodiano empieza en su reinado.

El Senado, que se había rebajado hasta el último grado de abyección respecto de su príncipe, cobró bríos cuando le vió muerto: mandó derribar sus estatuas y borrar su nombre de las inscripciones: negó sepultura al vil gladiador, al parricida, al tirano más sanguinario que Nerón mismo. Mas no hay que temer; dentro de poco Septimio Severo le hará colocar entre los dioses, instituyéndole sacrificios y solemnidades aniversarias por su natalicio.

Corrieron los conjurados á la morada de Publio Helvio Pertinax (193), antiguo senador consular y prefecto de la ciudad entonces. Oyendo que le llamaban, y como era medio noche, supuso que iban de parte de Cómodo á darle muerte: indújoles á entrar y les dijo, que hacía mucho tiempo que les esperaba, atendido á que Pompeyano y él eran los dos únicos amigos de Marco Aurelio que aun quedaban con vida.

Pompeyano era el virtuoso esposo de Lucila, hermana de Cómodo. Siempre conservó una digna continencia, rehusando presentarse en el anfiteatro y ver al hijo de Marco Aurelio prostituir allí su persona y su clase. Residió, pues, frecuentemente en el campo, bajo pretexto de enfermedades, que no cesaron hasta que terminó el reinado bien corto del sucesor de aquel soberano.

Pertinax.—Helvio había nacido cerca de Alba, en el Monferrato, de un carbonero esclavo que le dió el nombre de Pertinax por su obstinación en querer abandonar el oficio paternal para hacerse maestro de griego y latín en Roma. Produciéndose esta profesión escasas ventajas ingresó en el servicio, llegó á ser centurión y luego prefecto de una cohorte en Siria y en Bretaña. Marco Aurelio le degradó á consecuencia de una acusación fulminada en contra suya; más habiendo reconocido su falsedad, posteriormente le envió con la primera legión á hacer la guerra á los germanos. Después de haber sometido á la Retia fué Pertinax nombrado cónsul; vióse enseguida bajo el reinado de Cómodo alternativamente ensalzado y abatido, y llamado por último al gobierno de Roma. Hombre de bien, asiduo para los negocios, grave sin orgullo, blando sin flaqueza, prudente sin astucia, frugal sin avaricia, grande sin ostentación, amigo de la sencillez romana, juzgáronle Leto y los conjurados muy idóneo para reparar el mal causado por aquel á quien habían quitado la vida.

Lleváronle, pues, al campo de los pretorianos, que á pesar de su interesado afecto hacia Cómodo, aceptaron al nuevo emperador mediante la promesa de tres mil dracmas por cabeza, y le condujeron ceñido de laureles al Senado para que su elección fuera allí aprobada. Ahogaron los aplausos la voz de Pertinax, cuando rogó á los senadores que le eximieran de tamaña carga: confiriéronle el título de Augusto, de padre de la patria, de príncipe del Senado, y pronunciaron los cónsules su panegírico (5 Enero). No consintió que llamaran Augusta á su esposa, que no lo merecía, ni á su

hijo César mientras no se mostrara digno de ello. A ambos les cedió cuanta fortuna poseía, á fin de que nada tuvieran que pedir al Estado: después con objeto de que no se echara á perder su hijo con el enervante lujo de la corte, le envió á educarse al lado de su abuelo materno.

Pertinax conservó en el trono sus virtudes privadas. Sencillo en su manera de vivir continuó sus relaciones con los senadores de más estima, convidándoles á cenas sin etiqueta, de que se reían los que daban la preferencia á las profusiones sanguíneas de Cómodo. Sin embargo, ellos habían agotado el tesoro hasta el punto que Pertinax se vió obligado á acuñar la plata de las estatuas de su predecesor derribadas al suelo, y á sacar á subasta sus armas, sus caballos, sus vestiduras de seda, sus muebles, así como un carro que señalaba la hora y el camino recorrido (4), sus concubinas y sus esclavos, á excepción de aquellos que nacidos libres habían sido reducidos violentamente á la servidumbre. Puso á los favoritos del tirano en la necesidad de restituir parte de sus mal adquiridas riquezas, y se sirvió de ellas para pagar á la guardia pretoriana, y además á los acreedores del Estado las pensiones vencidas, y á los que habían sufrido algún perjuicio. Abolió los derechos onerosos que embrazaban el comercio, y eximió de impuesto por término de diez años á los que tornaran á cultivar los desiertos campos de la Italia. Declaró que no admitiría ninguna manda con detrimento de los legítimos herederos, restituyó patria y bienes á los desterrados por causa de traición, castigó á los delatores, y vedó que se inscribiera su nombre en los parajes de costumbre, diciendo: *Pertenecen al público y no al Emperador*.

Si merecía de este modo el afecto de las personas honradas, las cuales recordaban los nombres de Trajano y Marco Aurelio, no por eso dejaban de ser numerosos los que se aprovechaban del desorden y del silencio de las leyes. Ya los pretorianos echaban de menos á Cómodo, recelando que intentara reformar la disciplina; y Leto, que había esperado proceder á su antojo bajo un emperador hechura suya, excitaba entre ellos el descontento. Tres días después de la elevación de Pertinax quisieron encumbrar al imperio al senador Materno Lascivio, quien se arrancó con esfuerzo de sus manos para correr al lado de Pertinax y protestar de su inocencia. Prestóles oído más benévolo el cónsul Quinto Falcón; y el emperador se quejó de esto sin consentir que fuera condenado. Pero apenas habían transcurrido ochentiseis días (30 de Marzo) desde su advenimiento, algunos centenares de pretorianos cruzaron Roma en tumulto y se abalanzaron al palacio que les abrieron los guardias é infames libertos.

Muerte de Pertinax.—Presentándose el emperador á aquellos sediciosos, les reprendió por su re-

belión y les hizo observar los males que resultarían de ella; avergonzados algunos de ellos volvían su acero á la vaina, cuando un bátavo atravesó al emperador con su javalina, y los demás imitaron su ejemplo. Envolviéndose Pertinax la cabeza con su toga, espiró bajo sus golpes invocando la venganza del cielo; y su cuerpo fué paseado en triunfo por las calles de la ciudad poseída de espanto.

El imperio á subasta.—Aquí ocurre una nueva escena: anunciando aquella soldadesca que el imperio estaba en venta y se adjudicaría al mejor postor, no tuvo reparo Sulpiciano, suegro del emperador y por él enviado al campo para apaciguar el tumulto, de ceder á su ambición presentándose á comprar un trono mancillado con el asesinato de su deudo. Mas también salían al frente otros competidores; habiendo llegado á oídos de un milanés muy opulento, llamado Didio Juliano, que sin pensar en las calamidades públicas regalaba en aquel instante con un espléndido banquete á sus amigos, éstos le excitaron á que se presentara también en la subasta. Después de haber vacilado un poco se dirige aquel anciano al campo y puja con Sulpiciano, promete restablecer las larguezas hechas por Cómodo, y de 5,000 dracmas ofrecidas para soldado hace subir la postura á 6,250 pagaderas al contado.

Didio Juliano.—¡Oh Yugurta, ha encontrado Roma comprador!

Proclamado Didio con grandes voces, es conducido en medio de los pretorianos á través de las desiertas calles de Roma, luego al Senado, que, después de haberle oído enumerar sus propios méritos y encomiar la libertad de su elección, le felicitó en términos obsequiosos por la pública ventura.

Habiéndose dirigido á palacio seguido de la misma comitiva de soldados vió allí el trono de Pertinax y la comida frugal que le tenían preparada; mas no por eso se entibiaron su ambición ni su prodigalidad. Hizo que le sirvieran con más esplendidez que nunca y pasó la noche á la mesa jugando á los dados y admirando al bailarín Pilades.

Didio elevado á los empleos por Marco Aurelio en virtud de recomendación de su madre, había mandado en Germania, y defendido la Bélgica y la Iliria: había sido cónsul y provisor de víveres en Roma. Cómodo le había contemplado y Pertinax se mostró su amigo. Prodigaba locamente sus inmensas riquezas. Pero después de haber adquirido el cetro de aquel modo, debió apercibirse de cuán pesado era. Cuando los pretorianos seducidos por el estímulo del dinero y por el nombre de Cómodo que Didio había tomado, le acompañaron al Senado, no se oyó un solo aplauso entre el pueblo: algunos hasta prorrumpieron en injurias, aunque se manifestaba afable y á pesar del dinero que distribuía á la plebe. Aquel vergonzoso método de elección excitaba la indignación en todas partes.

Descontenta la muchedumbre no tarda en sublevarse, é irritada de la resistencia que experi-

(4) *Vida de Pertinax*, pág. 56.

menta corre á las armas y se abalanza al circo: Didio asistía á los juegos; renuévanse las imprecaciones en contra suya y se llama á los ejércitos de las fronteras para que lleguen á vengar la majestad del imperio, prostituída de aquel modo.

Este grito fué oído, y los ejércitos de Bretaña, de Siria, de Iliria, mandados por Clodio Albino, Pescenio Niger y Septimio Severo, ora por orgullo, ora por rivalidad de los soldados, ora por ambición de los jefes protestaron contra aquel indigno mando. Clodio Albino, de familia más noble que los demás generales, era natural de Adrumeto en Africa: después de haber escrito sobre agricultura, abandonó las letras por la espada. Sobre toda ponderación austero, jamás había perdonado, y había mandado crucificar á centuriones por levisimas faltas. Pendenciero en el seno de su familia y con todo el mundo, era también gran comilón, de tal modo que se comió de una sola sentada quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cien becafigos y cuatrocientas ostras. Mandaba el ejército de Bretaña, cuando al circular la falsa noticia de la muerte de Cómodo, propuso restablecer la república. Esto le hizo caro al Senado y odioso á Cómodo: y solo el puñal de los conjurados le salvó del castigo. Rehusando esta vez prestar obediencia á Didio pudo fácilmente sostenerse en la isla donde mandaba, aunque nunca tomó el título de Augusto.

Pescenio.—Pescenio Niger, natural de Aquino, de fortuna mediana y poca instrucción, llegó á los primeros grados militares como soldado valeroso y capitán excelente. Observador de la disciplina no permitía que los oficiales maltrataran á los soldados; mandó que fueran apedreados dos tribunos que habían substraído alguna cantidad de la paga, y con gran trabajo accedió á las instancias del ejército que pedía el perdón de diez merodeadores, á quienes quería condenar á muerte por robo de aves. No consentía que se bebiera vino en su campamento, quería que sus criados fueran cargados en las marchas á fin de que no aparecieran ociosos, y él mismo andaba á pie con la cabeza descubierta. Habíase granjeado la estima general en el gobierno tan importante como lucrativo de la Siria, hermanando la energía con una afabilidad benévola; lo cual hizo que al saberse el asesinato de Pertinax le exhortaran todos á apoderarse del imperio; inmediatamente se declararon las legiones de la costa oriental en favor suyo, así como todo el país desde la Etiopia hasta el Adriático; y recibió las felicitaciones de los monarcas que reinaban allende el Tigris y el Eufrates.

Al celebrarse la solemnidad de la aclamación, Pescenio interrumpió al orador que pronunciando el panegírico acostumbrado, le comparaba á Mario, á Anibal y á otros grandes capitanes. *Cuéntanos más bien, le dijo, lo que hicieron imitable. Es propio de un adulador alabar á los vivos y especialmente al emperador, que puede distribuir recompensas y castigos. Mientras viva deseo agradar al pueblo, cuando muera haréis mi elogio.*

Poseía aquellas modestas virtudes estimables en el segundo puesto y en el primero insuficientes. En vez de conciliarse Pescenio los ejércitos de Occidente y de marchar sobre Italia, donde urgía su presencia, se detuvo en la voluptuosa Antioquía, persuadido de que su elevación no sería disputada ni manchada con sangre de ciudadanos.

Septimio Severo.—Entretanto acababa de manifestarse un rival más hábil que él; este era Septimio Severo, nacido en Leptis, en el Africa Tripolitana, de una familia senatorial. Instruído en las letras, en la elocuencia, en las artes liberales y en la jurisprudencia, había desempeñado magistraturas y mandado ejércitos; activo de cuerpo y de espíritu, enemigo del fausto y de la glotonería, violento y tenaz en el amor como en el odio, ocupándose del porvenir y de los medios de explotarlo en su provecho, pronto á sacrificar reputación y probidad á la ambición, era inclinado á la avaricia y más aún á la crueldad. La astrología, aquella pasión de sus compatriotas, le había acariciado con la esperanza del imperio; lo cual le indujo á contraer matrimonio con una siria llamada Julia, porque los astros la habían prometido que sería esposa de un soberano; y en tiempo de Cómodo fué acusado de haber consultado á los adivinos para averiguar si llegaría á emperador.

Al saber la muerte de Pertinax mandaba el ejército de Panonia; entonces reunió á los soldados, á quienes revela la infamia de los pretorianos, y les excita á la venganza en un elocuente discurso y con la promesa más elocuente todavía de un donativo doble que el de Didio. Enseguida con la prontitud que exigía el caso, escribe á Albino, prometiendo adoptarle y en nombrarle César, y absteniéndose de todo paso cerca de Pescenio, por creerlo incorruptible, se adelanta hacia Italia sin otorgar descanso á las tropas ni á sí propio.

Asustado Didio de aquellas siniestras nuevas que se sucedían rápidamente, hacía fortificar Roma y su mismo palacio, cual si hubiera cabido en lo posible defenderse; pero los pretorianos, idóneos solamente para la rebeldía, temblaban al oír el nombre de las invencibles legiones de la Panonia, y de su gran caudillo. Si al salir de los teatros ó de los baños querían ejercitarse en el manejo de las armas, apenas sabían sostenerlas; tiraban los elefantes al suelo á sus inhábiles conductores; maniobraba mal la escuadra de Misena; se reía el pueblo y se regocijaba el Senado.

Presa Didio de la incertidumbre, unas veces hacía que Severo fuera declarado enemigo de la patria, otras pensaba en asociársele al imperio: un día le enviaba mensajes, al siguiente asesinos. Mandó que salieran de la ciudad las vestales y los colegios de sacerdotes para ir al encuentro de las legiones, si bien recibió una rotunda negativa. Armó á los gladiadores de Capua, aspiró (5) á con-

(5) DION, LXXIII, *Vida de Didio*, pág. 62.

jurar la tempestad con ayuda de ceremonias mágicas y de la sangre de gran número de niños.

Pero los soldados de la Umbría que custodiaban el Apenino se pasaron á las filas de Severo: otro tanto hicieron los pretorianos inmediatamente que se les prometió perdonarles de todo castigo, á condición de que los asesinos de Pertinax le serían entregados. Luego que el Senado se aseguró de que estaban presos, decretó la muerte de Didio, adjudicó el imperio á Severo y tributó á Pertinax honores divinos.

Muerte de Didio, 2 Junio.—Fueron diputados senadores ilustres cerca de Severo, y enviados asesinos á Didio, á quien encontraron sollozando y enteramente propicio á ceder el imperio con tal de que le dejaran la vida. *¿Qué daño he hecho? clamaba. ¿He quitado por ventura á nadie la existencia?* Más tuvo que pagar con su sangre los setenta y cuatro días de reinado que había comprado con su oro.

Severo, que en cuarenta días había andado con su ejército ochocientas millas desde Viena á Roma, obtuvo el apetecido imperio sin más asesinatos. Antes de entrar en Roma mandó reunir á los pretorianos vestidos de toda gala dentro de un cuadro formado por sus guerreros, y subiendo á su tribunal les reconvinó por su perfidia y por su vileza, ordenándoles entonces entregar sus caballos y sus enseñas, les licenció por traidores y les desterró á cien millas de Roma. Después dispuso que fueran ejecutados los asesinos de Pertinax, y apenas le hubo tributado fúnebres honras, se dedicó á adular al pueblo y al Senado; pero si algunos le creían sincero, sospechaban muchos que fuera un trasunto de Tiberio.

En substitución de los pretorianos, á quienes había expulsado, escogió cuádruple número de ellos, no solo en Italia, España y Macedonia, sino también entre sus valientes soldados, sin atender á la provincia de que eran naturales; de aquí resultó un nuevo gravámen en las cargas públicas. Aquellos cincuenta mil hombres, flor y nata de los ejércitos romanos, debían ser considerados por las regiones como sus representantes y destruir todas las probabilidades de una rebelión. Así cada uno de los soldados tuvo esperanza de entrar en el cuerpo de los pretorianos, mientras que despojada así de su privilegio la juventud romana, se lanzó á la vida de bandoleros ó al oficio de gladiadores.

Siempre fué en aumento la autoridad del prefecto del pretorio, pues continuó á la cabeza del ejército, y reunió además en sus manos la administración de las rentas y de la justicia.

Ora fuese por gratitud ó por condescendencia política, Severo concedió á los soldados el anillo de oro y el aumento de sueldo, lo cual fomentó su lujo y su molicie. Cada vez se relajó más la disciplina, y ostentando los oficiales fausto y refinamiento en todo, excitaron á los soldados á imitar su ejemplo.

Esto no aconteció sino posteriormente: entonces Severo se puso en marcha al frente de tropas aguerridas y leales para asegurarse el imperio que tan fácilmente había adquirido y empeñó la lucha contra sus dos rivales: lucha en que ya no se trataba de vencer á bárbaros, sino á tropas en que había paridad de armas, de táctica y de fuerzas. Sobresalía Severo por la velocidad, la mala fe y el golpe de vista; prometía y faltaba á su palabra; ambos contaban con lo que decía, y quedaban burlados. Cuando partió con dirección á Oriente, en vez de declarar su intento de combatir contra su competidor, anunció que apetecía restablecer el orden en las provincias. Hablaba de Niger con la miel en los labios como de un generoso vengador de Pertinax y de un antiguo amigo; hasta se proponía, según propalaba, hacerle sucesor suyo. Hizo que se educaran los hijos de éste, á quienes había mandado poner presos, con los suyos propios. No obstante rehusó asociársele al trono é indujo al Senado á que le condenara al destierro. Tenaz en sus proyectos, derrotó posteriormente (194), á poca distancia de Cízico á Emiliano, general de Pescenio, y enseguida á éste cerca de Nicea.

Muerte de Niger.—No reputándose aún por vencido después de este doble desastre, allegó Niger nuevas tropas y fortificó los desfiladeros del Taurus; pero batido nuevamente en Iso, en el mismo punto que Dario, fué muerto cerca de Antioquía, en el momento en que procuraba refugiarse al país de los partos.

Severo ejerció crueles venganzas con los parciales de su antiguo amigo: condenó á muerte á los senadores que le habían servido como tribunos ó como generales, desterró á los demás y confiscó sus bienes. Muchos de los que tenían cargos inferiores, fueron sentenciados al suplicio. Envolvió en la condena de los padres á los hijos, que había guardado en rehenes, y exterminó la familia de su antagonista. Arrancó sus privilegios á las ciudades que se habían declarado en favor de este, especialmente á Antioquía, que sometió á Laodicea. Aquellos que de grado ó por fuerza habían suministrado dinero á Niger, tuvieron que aprontarle el cuádruple de aquella suma; y en vano se alzaban quejas de todas partes, pues no hacía de ellas ningún caso.

En el calor de la victoria pasa el Eufrates, cae sobre los habitantes de la Osroene y de la Adiabena, que durante las últimas disensiones habían dado muerte á los romanos y sacudido su ominoso yugo. Después de haberlos vencido penetra en Arabia para castigarla por haber abrazado el partido de Niger; hace enseguida la guerra á los partos, conquista parte de la Mesopotamia, que reduce á provincia con Nisibe, su capital, y pone asedio á Bizancio. Esta ciudad, la más populosa y extensa de la Tracia, admirablemente fortificada y cuya escuadra ascendía á quinientas velas, se defiende con extremado denuedo, arrojando al enemigo hasta los estatuas de los héroes y de los dioses. Al cabo el hambre la obliga á rendirse después

de tres años de resistencia, y no perdonando el vencedor á hombres ni á edificios, destruye el principal baluarte del imperio contra los bárbaros.

Albino, que hubiera debido moverse mientras Severo se hallaba ocupado en Oriente (197), olvidando sus veleidades patrióticas, desde que éste le había dado el título de César, se durmió halagado por sus promesas. A la sazón se encontró solo contra un ejército, ensoberbecido por la victoria. Conocedor Severo de que le tenía tanto afecto á aquel el Senado, como odio le profesaba á él, no osaba romper con él abiertamente y le escribía lisonjeras cartas; pero al mismo tiempo despachaba emisarios para que le asesinaran. Su deslealtad fué descubierta y pregonada por Albino, que tomando el título de emperador pasó á la Galia y vió reunirse en torno suyo personajes de nota.

Muerte de Albino.—Severo sacrifica entonces á una doncella para analizar en sus entrañas cual sería el desenlace de la guerra (6), y hace frente á Albino con formidables fuerzas (17 febrero). Ciento cincuenta mil romanos llegan á las manos unos contra otros cerca de Lión; prolongase indecisa la batalla entre dos ejércitos de igual bravura: corre gran riesgo la vida de Severo, quien al fin alcanza la victoria, y Albino, herido mortalmente, espira á los pies de su competidor, quien con bárbara alegría hace que le pisotee su caballo, y le abandona á los perros en el umbral de su tienda.

Había bastado á Severo ocupar á Roma para encontrarse soberano del imperio; dos batallas le habían hecho vencedor de la facción de Níger, una sola la de Albino; tan de poca monta era para el pueblo saber á quien debía prestar obediencia. Hasta los mismos soldados combatían por la gratificación, y no por opinión ó por un sentimiento de preferencia. Caído un soberano aspiraban á las liberalidades de otro, y querían tener su parte en el saqueo de las provincias que tardaban á implorar clemencia.

El deseo de venganza no fué adormecido en Severo por la seguridad: aunque prometió indulto á la mujer y á los hijos de Albino, mandó que fueran degollados y arrojados al Ródano, así como todos sus deudos y amigos, cuyos bienes enriquecieron á sus soldados y á él mismo. Al enviar al Senado la cabeza de Albino se quejó en la carta burlona que la acompañaba de las disposiciones de los padres conscriptos respecto de su persona; y haciendo el elogio del reinado de Cómodo, añadía: *Vosotros que le amais* (á Albino), *contemplad en esta cabeza livida los efectos de mi resentimiento*. De vuelta á Roma profirió posteriormente en la curia injurias contra Albino, leyó las cartas dirigidas á aquel, y ensalzó las precauciones tomadas por Mario, Sila, Augusto, diciendo que Pompeyo y César habían perecido en virtud de una clemencia intempestiva. No quedaron desmentidas con los hechos las pala-

(6) Suidas, pág. 257.

bras; y en el transcurso de pocos días cayeron cuarentidos senadores consulares ó antiguos pretores, inmolados con otros muchos á la venganza, á la envidia, á la avaricia del emperador. Hizo deificar á Cómodo y ejecutar á Narciso que le había ahogado: luego partió á nuevas lides.

Desde Brindis se dirigió á Siria y á Nisibe de Mesopotamia para repeler á los partos. Habiendo pasado el Éufrates se apoderó de Seleucia y de Babilonia que encontró abandonadas, y tomó á Ctesifonte, capital del enemigo, después de una larga resistencia y de pérdidas considerables, causadas por las enfermedades y el hambre (198). Roma recibió orden de alegrarse por aquellos triunfos, y en medio de las fiestas proclamó angustos á sus dos hijos Caracalla y Geta.

5.ª persecución contra los cristianos.—Severo toma algún descanso en Siria: después visita la Arabia y la Palestina, donde prohíbe la religión hebrea ó cristiana, de lo cual proviene una persecución nueva. Quiso ver los monumentos de Egipto; y los alejandrinos obtuvieron de él un consejo público, que hasta entonces les había sido negado. De orden suya se recogieron en los templos los libros relativos á las ciencias ocultas, y él los encerró en el sepulcro de Alejandro Magno, queriendo que nadie fijara sus ojos en aquellos libros ni en el monumento.

Durante aquel tiempo no se olvidaba, como dice Tertuliano, de espigar algunos de los fautores de Níger y de Albino, y de desembarazarse de los que le hacían sombra. Había depositado toda su confianza en Flavio Plauciano, prefecto del pretorio, cuyo elogio hacía de continuo en sus conversaciones familiares y en el Senado, procediendo á semejanza de Tiberio respecto de Sejano. Senadores y soldados ofrecían á aquel favorito estatuas, votos, sacrificios como al emperador, y juraban por la fortuna de Plauciano. Solo por su mediación se llegaba á presencia del emperador, y disponía de todos los empleos. Así abusaba de su autoridad hasta el punto de conducir á la muerte á personajes ilustres sin informar siquiera á Severo (202), que le creía lleno de celo y de probidad, colmándole de honores, y casando á su hija Plautila con Caracalla. Dion dice que el dote que ella le llevó hubiera bastado á cincuenta reinas. Cien personas de familias nobles, y padres con hijos algunas, fueron reducidas para su servicio á la condición de eunucos.

Envidioso Severo á causa de las muchas estatuas erigidas á Plauciano en Roma, ordenó que fueran derribadas; y viendo en esto ciertos gobernadores una señal de desgracia, se apresuraron á hacer lo mismo en sus provincias, lo cual valió á los unos la destitución y á otros el destierro; declaró en su consecuencia el emperador que todo el que faltara á Plauciano sería castigado severamente.

No debía ser duradero aquel exceso de privanza. Descontento Caracalla del fausto de Plautila, concibió tanto odio hacia ella y hacia su suegro, que

juró su pérdida. Informado Plauciano de sus disposiciones proyectó apoderarse del trono asesinando á Caracalla y á Severo; más instruido éste muy pronto de lo que se preparaba, le llamó á su lado, y al entrar en el aposento se lanzó á él Caracalla é hizo que le degollaran en aquel mismo sitio, después de lo que podría denominarse un reinado de diez años (204).

Papiniano.—Su hija y sus cómplices fueron desterrados ó condenados á muerte: substituyóle como prefecto del pretorio el famoso jurisconsulto Papiniano, quien se asoció, á fin de juzgar mejor los procesos, otros dos célebres legistas, Paulo y Ulpiano. Con su asistencia promulgó el emperador leyes de gran justicia, aunque de severidad extrema. Las decretó y las ejecutó por sí mismo despoticamente, porque habituado á la vida de los campamentos, y sabiendo cuanto le aborrecía el Senado, desdeñó y holló con sus plantas aquel simulacro de poder intermedio respecto de los súbditos y del soberano. Jamás otorgó gracia, si bien, una vez aniquilados sus enemigos, hizo florecer el imperio. No dejando que le asediaran los libertos, y no confiéndoles funciones públicas, corrigió los abusos que se habían introducido desde Marco Aurelio. Había hallado agotado el tesoro: después de su muerte lo dejó atestado de oro, y los almacenes quedaron llenos de trigo para siete años (7), de aceite para cinco; pues había adoptado sus disposiciones para la distribución á perpetuidad de cierta cantidad de aceite á cada ciudadano. Voluntariamente y para honrar al emperador, nacido en su seno, y por gratitud de haber reprimido á los bárbaros, de quienes sufría frecuentes devastaciones, ofreció la Libia Tripolitana gran porción de aceite (8).

Severo levantó nuevos monumentos dentro de Roma y restauró los antiguos: otro tanto hizo en Antioquia, en Alejandría y en todas las grandes ciudades, que olvidaron la guerra civil, y de las cuales muchas se consideraron como colonias suyas adoptando su nombre. Obtuvo el pueblo espectáculos y larguezas, y le debió la paz interior que supo mantener siempre.

Guerras en Britania.—Ya cuando se lidiaba en Oriente habían hecho los caledonios una incursión en la Bretaña; y teniendo pocos soldados á su disposición, Lupo que la gobernaba, hubo de comprar la paz á peso de oro. Posteriormente se sublevó la parte septentrional de la isla, talando el territorio, y expulsando de allí á las legiones. A la sazón acudió Severo llevando consigo á sus dos hijos para arrancarles de una vida desordenada (208). Espantados los bretones solicitaron la paz sin obtenerla; pero aunque jamás hubo una batalla en línea, las continuas escaramuzas de los caledonios, unidas

á las fatigas de la guerra, hicieron perder á los romanos cincuenta mil hombres (9).

Persiguiendo al enemigo sin tregua Severo, á pesar de su edad avanzada y de la gota, y llevándolo todo á sangre y fuego hasta sus más inaccesibles guaridas, les obligó á la paz: á fin de separar luego sus nuevas conquistas del país que quedaba independiente, alzó sobre el istmo una muralla de un mar á otro entre el Forth y Clyde. Poco tiempo continuaron tranquilos los caledonios: sabedores de que Severo se hallaba enfermo, hicieron una nueva irrupción, y el emperador envió á Caracalla con el encargo de emprender una guerra de exterminio.

Este príncipe había causado con su infame conducta la enfermedad de su padre: intentó asesinarle en una batalla, impeliéndole su ambición á abreviar los días del anciano emperador. Como se hallara á la sazón á la cabeza de un ejército le pareció ocasión oportuna de dar cima á sus inicuos planes. Ya antes de partir de York cierto número de soldados y de tribunos habían negado obediencia al achacoso viejo. Severo reconvinó al ejército y mandó decapitar á los más delincuentes, si bien perdonó á su hijo; y este acto de clemencia, único en su vida, fué más pernicioso para el mundo que todas sus crueldades. Entre tanto el pesar acabó de roerle y consumirle.

Muerte de Severo, 211, 4 febrero.—Conociendo que se acercaba el término de su existencia, hizo leer á sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa para exhortar á sus herederos á la concordia: les recomendó especialmente (y en esto estriba la principal habilidad de los tiranos) grangearse el afecto de los soldados con liberalidades, sin ocuparse de lo demás un solo punto. Mandó trasladar la estatua de oro de la Fortuna al aposento de Caracalla, luego al de Geta, y exclamó de este modo: *Lo he sido todo y todo es nada* (10). Enseguida pidió la urna preparada para recibir sus cenizas, añadiendo: *Encerrarás á aquel para quien fué pequeña la tierra*. No pudiendo soportar

(9) Sobre la conquista de la Bretaña por los bretones y cimrios y el nombre que se le dió de Armórica, tuvieron poco ha vivas discusiones el profesor V. de Vit, Mommsen, J. Loth y otros. Macpherson atribuyó á la época de esta expedición los poemas de Osian y su Fingal imaginario, de que tanto se habló en el pasado siglo, y que valió á un poeta mediano ser comparado á Homero y á la Biblia. Haciendo celebrar por el ciego padre de Malvina las victorias del rey de Morven á orillas del Carun, donde Caracul, rey del mundo, huye á través de los campos de su orgullo, no hizo memoria de que el nombre de Caracalla introducido más tarde, no estuvo en uso hasta después de la muerte del emperador, conocido entonces solo bajo el de Antonino. Esta observación es de Gibbon. Llamaban los galos *caracalla* á cierta túnica larga: como la adoptó el hijo de Severo, y mandó que se distribuyeran al pueblo túnicas de esta clase no admitiendo á su lado sino á los que la llevaban, se le dió el sobrenombre de Caracalla.

(10) *Omnia fui, et nihil expedit*. Historia Augusta, 71.

(7) A razón de setentecincos mil modios por año.

(8) Constantino la rescató de este tributo.

sus espasmos quiso que le sirvieran veneno, y como se negaran á proporcionárselo comió hasta ahogarse.

Su apoteosis.—Frisaba en los sesentiseis años, de los cuales había reinado diecisiete y ocho meses. Su efigie de cera fué colocada sobre un lecho de marfil con paños de oro; y por espacio de siete días se agolparon en torno senadores vestidos de negro y damas con traje blanco. Continuaron los médicos con toda regularidad sus visitas, anunciando los progresos del mal hasta el séptimo día, en que la muerte fué declarada oficialmente. Entonces fué llevado el lecho fúnebre al foro en hombros de caballeros, acompañado de senadores y de la juventud que entonaba himnos en loor del difunto. Habíase levantado en el campo de Marte una magnífica pirámide de madera con cuatro cuerpos, conteniendo cuatro aposentos uno encima

de otro, estrechándose gradualmente. Colocóse en el segundo el simulacro de Severo, cubierto de aromas y de flores; y después de verificarse por los caballeros en derredor de la pirámide carreras de caballos, se la prendió fuego: entonces remontó su vuelo un águila desde el centro de las llamas, símbolo del alma de Severo ascendiendo á la mansión de los dioses.

Cuando cesaron de hacer temblar sus crueldades se encomió sobremanera la justicia de sus leyes, y la perversidad de su sucesor le valió ser comparado á Augusto. Si consideramos no obstante que extirpó los últimos vestigios de la república hollando al Senado, y que introdujo tanto con la práctica como con las doctrinas el sistema despótico, habremos de pedirle cuenta del abuso que sus sucesores hicieron de este sistema y de la ruina á que precipitó el imperio.

CAPÍTULO XXII

DESDE CARACALLA Á ALEJANDRO.—RESTAURACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Aquella Julia Domna, con quien se había casado Severo á consecuencia de predecirle las estrellas por marido un soberano, poseía, independientemente de su hermosura, una imaginación viva, un alma enérgica, y un notable buen sentido. Instruida en artes y letras fué protectora de los hombres de talento, cuyas alabanzas no alcanzaron á adormecer ciertas aventuras escandalosas. Jamás tuvo ascendiente sobre su marido, austero y celoso: pero en tiempo de su sucesor administró con moderación y prudencia.

Caracalla.—Caracalla y Geta, sus hijos, uno de veintitres y otro de veintium años, juntaban á la indolencia natural de los que nacen bajo la púrpura, monstruosos vicios y extremada animosidad uno contra otro. Su padre había puesto por obra consejos y reconvenciones para a hogar aquella enemistad: hacía particular estudio en tratarles con igualdad perfecta, hasta conceder á ambos (cosa inusitada) el título de augustos. Pero Caracalla consideró esto como un ultraje, y Geta aspiró á conciliarse la voluntad del ejército y del pueblo. Pudo, pues, decir Severo sin ser profeta: *El más fuerte de los dos matará al otro, y al que sobreviva le perderán sus propios vicios.*

No bien hubo cerrado los ojos cuando los dos augustos pusieron término á la guerra, abandonando los países recientemente conquistados, para presentarse cada uno de ellos en Roma. Proclamados ambos por el ejército, uno y otro ejercieron una autoridad independiente. ¿Cabía en lo posible aguardar que gobernarán de concierto? En el camino jamás habían comido juntos, ni dormido bajo un mismo techo: al llegar á Roma se repararon el palacio que era más espacioso que la ciudad toda (1), fortificando uno contra otro la parte

que se reservaba, y colocando allí centinelas. Nunca se encontraban sino con la injuria en los labios y la mano en la empuñadura de su espada.

Muerte de Geta, 17 febrero 212.—A fin de evitar una guerra inminente entre los dos hermanos, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz les hizo renunciar á un tratado que, rompiendo la compacta unidad del Estado, produciría una guerra civil, y el predominio de un partido sobre el otro, ó el quebrantamiento de ambos. Determinó á Caracalla á celebrar una entrevista con Geta en su aposento para reconciliarse; pero el primero degolló al otro en los brazos de su madre.

En lucha con sus remordimientos y con la satisfacción de su delito, huye el monstruo al campo de los pretorianos: se prosterna ante las estatuas de los dioses, y anunciando que acaba de libertarse de las emboscadas de su hermano, declara que quiere vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferían á Geta; mas una vez dado el golpe, tuvieron por mejor disimularlo: además una gratificación de 2,500 dracmas, concedida á cada uno de ellos, contribuyó á adormecer los murmullos. Su padre le había dicho: *Háste amar de los soldados y esto basta: nada tenía que recelar del Senado: á fin de distraer al pueblo permitió Caracalla que deificaran á Geta: Sea dios (divus) con tal de que no esté vivo (vivos), y consagró á Serapis la espada con que le había atravesado.*

Pero las furias vengadoras desgarraron al fratricida. En medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, se le aparecían amenazantes las imágenes de su padre y de su hermano. A fin de borrar todo recuerdo de su víctima amenazó de muerte á Julia, que le lloraba; hizo perecer á Fadila, última hija de Marco Aurelio, derribó las estatuas de Geta, y fundió las monedas acuñadas con su efigie: hizo en fin degollar á veinte mil personas por la amistad que á este príncipe le unía. Mandó á Papiniano, á quién aborrecía porque

(1) HERODIANO. Nada tiene esto de improbable, si se comprenden en este espacio los jardines.